



# EDUCACIÓN

# Ciencias Sociales-Humanidades.

## Distinciones y ejercicio docente

John Trujillo Trujillo\*  
Universidad Central  
Universidad Pedagógica Nacional

Hace algunos años, cuando inicié mi experiencia en el campo de la docencia universitaria, partí de una premisa básica: *las humanidades son una costura en la mente de los profesores mas no en la de los estudiantes*. Siempre había cuestionado el acercamiento de los llamados humanistas al ejercicio docente bajo la concepción de que eran los estudiantes de otras áreas (ingenierías, medicina, etc.), quienes miraban las asignaturas sociohumanísticas como especialmente inútiles y poco productivas para su formación específica. Después de muchas horas de cátedra, discusiones y seguimiento etnográfico a mis propios estudiantes y a las mismas clases, concluí que debía modificar mi premisa inicial. La definí entonces de la siguiente manera: *efectivamente los profesores tenían razón: las humanidades son consideradas por la mayor parte de los estudiantes como costuras y por parte de algunos docentes como un reto poco estimulador, que no debe llevar al desgaste ni al compromiso real con sus educandos*".

Profundizando en el análisis y la reflexión, las evidencias y el tiempo me llevaron a encontrar en los lugares donde he ejercido la docencia que en esos espacios las *humanidades* aparecen vaga, tácita e indistintamente definidas como todas aquellas disciplinas ligadas al conocimiento de la cultura humana (material, simbólica, estética, etc.). Esto me llevó a pensar que había una ruptura entre la concepción de *humanidades* que manejaban la mayoría de profesores del área y la mía propia; distinción que pienso se explica por el desenvolvimiento profesional que cada quien

haya experimentado en su área. En mi caso, la posibilidad que tuve desde el inicio de mi vida profesional de vincularme a diversos procesos de investigación, permitió retroalimentarme con varios investigadores del campo social sobre el quehacer de la investigación en este terreno.

Estas dos experiencias, la investigativa y la docente, me han permitido apreciar que el ejercicio docente de los "humanistas" se tiende a concebir desde dos enfoques centrales. El primero, teniendo como marco la llamada rigurosidad científica, basada en el método de investigación que la soporta (el cual está sujeto a la racionalidad reflexiva); y el segundo, referido a una serie de sesiones de autorreconocimiento o de reconocimiento del mundo circundante por parte de los estudiantes de turno. Como producto de esta situación, en la práctica docente se encuentran desde profesores que evalúan fundamentalmente el aprendizaje instrumental, útil y funcional en el mercado de trabajo moderno, hasta docentes, que en el otro extremo, asignan notas apreciativas a través de las cuales "evalúan" las actividades desarrolladas en clase, ejercicio al parecer privilegiado por la mayor parte de profesores del área sociohumanística.

A partir de lo anterior, en el presente artículo planteo que es un error de fundamentación englobar bajo una misma denominación la función propia de las humanidades con la acción de las *Ciencias Sociales* como ciencias del conocimiento y de ellas como ciencias aplicadas. En las *Ciencias Sociales* priman la meticulosidad, el detalle y la precisión de la

investigación con miras a generar saberes que hagan posible, no develar verdades, sino hacer aproximaciones a la realidad, como lo plantea Gregory Bateson (1993: pp. 37-38).

### ¿Humanidades o Ciencias Sociales?

Sobre el término humanidades recae en la actualidad la condición de englobar indistintamente tanto las áreas de *formación académico-investigativa* como aquellas que se relacionan con las expresiones *artísticas y filosóficas del hombre*. Las primeras se basan en la aplicación de métodos y técnicas que han ido evolucionando y ajustándose a través del tiempo con miras a interpretar lo social como reto investigativo formal de la Ciencia; las segundas, también ligadas a métodos y técnicas, privilegian capacidades y condiciones particulares que hacen de quienes las ejercen, individuos entrenados en habilidades basadas en prácticas y ejercicios permanentes que anteponen la reflexión y el sentido común a la razón lógica y formal. En ambos casos se requiere de disciplina, rigurosidad, creatividad, sensibilidad y perspicacia, pero cada área privilegia algunas de estas condiciones sobre las otras.

La anterior diferenciación es mas bien reciente. Recurriendo a la memoria histórica, encontramos cómo en la antigüedad para los griegos, la unidad entre las hoy llamadas *Ciencias Sociales, las artes, la cultura y las áreas técnicas* no existía, ya que junto con las necesidades religiosas, buscaban la unidad y la realización total del sujeto. Nos recuerda Ramón de Zubiría (s.f.) que Jaeger al detallar en perspectiva histórica nuestra tradición intelectual a partir de lo que fue la posición de los griegos, tuvo que utilizar el vocablo *paidea* para expresar la esencia y carácter integrador de aquéllos. Decía Jaeger: “es imposible rehuir el empleo de expresiones modernas tales como civilización, cultura, tradición, literatura o educación, pero ninguna de ellas coincide con lo que los griegos entendían por *paidea*. Cada

uno de estos términos se reduce a expresar un aspecto de aquel concepto general, y para abarcar el campo de conjunto del concepto griego sería necesario emplearlos todos a la vez”. Unidad de saber, pero, además, unidad jerarquizada. Parménides la inicia, la redondea Platón, la continúa Aristóteles al plantearse el saber por excelencia. Por esta vía, todos los saberes, entre ellos, Técnica, Arte, Ciencia y la misma Cultura, se ordenan y se integran. Transferida a esquema educativo, aquella integración se polariza, sin debilitar su orgánica unidad, hacia dos polos: lo moral y lo práctico, unidad disuelta más tarde y aún no restablecida” (pp. 2-3). Conocemos que la ruptura de esta unidad griega se generó desde la edad media a través del pensamiento cartesiano y otros postulados de corte positivista, los cuales llevaron a la separación de las actividades allí englobadas, quedando lo técnico en un estado de prelación sobre los demás saberes.

Este rompimiento llevó a que, de un lado, se desarrollara el llamado método de investigación científica, en principio utilizado por las disciplinas que buscaban explicar el funcionamiento de la naturaleza, y más tarde, por los pensadores sociales que replicaron este modelo. Mientras tanto, el campo de las humanidades en sí, quedó referido a las letras y las artes, áreas que en últimas totalizaban y daban un sentido profundo y espiritual a todo lo que no es simple razón.

Para bien o para mal, las disciplinas sociales (antropología, sociología, economía, historia, psicología, entre otras) se adscribieron al sistema de interpretación lógico-racional, donde se intentaban descubrir y describir las leyes y reglas que regulaban los comportamientos, ya no físicos sino sociales. Por esta vía, estas disciplinas se empezaron a fundamentar a través de una rigurosidad determinada por los parámetros que el sistema de la lógica racional establecía. Así, los llamados científicos sociales se suscribieron a la exigencia pragmática

del conocimiento formal, sin que por ello dejaran de mantener permanentemente en su perspectiva un acercamiento a los campos propiamente humanísticos. Es decir, las Ciencias Sociales como ciencias investigativas, si bien tienen su sujeto y objeto de investigación en los individuos o agregados de éstos, se basan en aquéllos para develar sus aspectos psíquicos y organizativos, mas no para imprimir alteraciones inmediatas en sus comportamientos, conductas y actitudes; el objetivo principal es conocer; el secundario se proyecta a través de las áreas aplicadas de cada una de las Ciencias Sociales (sociología aplicada, antropología aplicada, psicología aplicada, etc).

La discusión alrededor de la diferenciación o igualdad entre las Humanidades y las Ciencias Sociales es un asunto debatido de tiempo atrás entre sus estudiosos, pero de fondo, el englobarlas como unidad inseparable choca con la formación recibida por los profesionales en las disciplinas que las constituyen. Mientras las humanidades en general se han venido reconociendo de forma específica como aquellas actividades enfocadas hacia los conocimientos que se ubican dentro de las realizaciones estéticas como la danza, la música, la literatura, la escultura, entre otras, al igual que la Filosofía como reflexión del pensamiento occidental, las Ciencias Sociales, cuyo origen data de mediados del siglo XVIII, se enmarcó bajo la misma preocupación que tenían las Ciencias Naturales: llegar a conocer a través del método de investigación científica. Hoy queda como herencia a la antropología, la socio-

**Las Humanidades y las Ciencias Sociales convergen en términos de estar ambas profundamente ligadas al ser humano al abordar la trascendencia del mismo en su existencia, pero las segundas tratan de comprender su existencia en términos estructurales, tanto sociales como individuales.**

logía, la psicología, la economía o la historia, una concepción racional que pretende dar cuenta de las estructuras, sistemas y formas de vida de los individuos de manera global o parcial, intentando la comprensión o la intervención programada de acciones que permitan mejorar las condiciones de vida de los sujetos en sus entornos culturales. Asimismo, estas disciplinas han configurado en su camino potentes teorías, metodologías e instrumentos que les permiten acercarse con precisión a lo más profundo del ser humano: su cultura. Así pretenden develar y describir los patrones de conducta y las maneras de pensar,

concebir y sentir el mundo de los sujetos o agregados de sujetos.

Las Humanidades y las Ciencias Sociales convergen en términos de estar ambas profundamente ligadas al ser humano al abordar la trascendencia del mismo en su existencia, pero las segundas tratan de comprender su existencia en términos estructurales, tanto sociales como individuales.

En conclusión, a pesar de ser la disertación filosófica a menudo utilizada por los investigadores sociales para fundamentar parte de sus teorías e interpretaciones, la validez de sus afirmaciones se estipula gracias a lo que podríamos llamar el *laboratorio de lo social*. Cualquier trabajo conocido como científico requiere de un planteamiento problemático, unos objetivos claros y concretos, una serie de hipótesis y preguntas a ser resueltas o refutadas, una metodología que programe los diferentes pasos del proceso y, por último, unas reglas de sistematización y análisis de la información que

no aparecen por generación espontánea, sino que se ligan a juicios sustentados en bases contrastables que puedan ser abordadas y corroboradas o refutadas por cualquier otro investigador.

### **Distinción entre Ciencia Social y Ciencia Social Aplicada**

Dentro del campo de las Ciencias Sociales es necesario distinguir entre la acción de una ciencia cuando su actividad es investigativa, frente a ella misma cuando su función es la acción aplicada. Para explicar lo anterior nos ayudaremos del ejemplo propuesto por Pastor Ramos (1988) al estudiar la situación de la familia como unidad de investigación. La familia, expone Ramos, es un terreno donde actualmente emergen demandas inusitadas de asesoramiento psicológico frente a los cada vez más complejos problemas de ajuste afectivo en la pareja, de entendimiento entre padres e hijos y de actitudes educativas ante los jóvenes, pero no se puede caer en la tentación de confundir la metodología científica con la práctica social (p. 54).

Para Ramos existe una sustancial diferencia entre la investigación científica pura respecto a la 'actitud clínica' en Sociología Familiar, "aquella estudia la naturaleza universal de la institución (la familia), tratando de descubrir sus leyes generales; ésta elige una sola familia, un caso particular, que presente algún problema concreto, susceptible de tratamiento mediante la intervención de un especialista o terapeuta social. Por ejemplo, la metodología clínica tendría que diagnosticar la fuente de donde proviene un desajuste matrimonial, prescribir una adecuada terapia contra el malestar de esta pareja o, simplemente, ayudar a estos cónyuges psíquicamente sanos y normales a convivir mejor entre ellos. Descubrir leyes o principios científicos generales es el objetivo del primer método; una intervención terapéutica particular lo es del segundo". A lo

anterior agrega: "el método clínico no produce generalizaciones científicas ni teoría; es un método 'impresionista' que aplica la ciencia pura a familias concretas y que enfatiza, más que la investigación, en la pericia personal del terapeuta en la praxis: sagacidad e intuición para intervenir en el momento oportuno, experiencia para dictaminar acertadamente un diagnóstico, un pronóstico y el tipo de intervención terapéutica más adecuada a cada problema familiar (...) lo que no significa desprestigiar la sociología clínica: ésta requiere también de su propio rigor metodológico y nunca de la improvisación" (Ibid., pp. 53-55).

De manera igual a como se relacionan y se distinguen la Sociología como ciencia teórica y conceptual y la Sociología Familiar como la acción de llevar a la práctica intervenciones concretas sobre familias a través de tratamientos especializados, también las demás Ciencias Sociales se mueven en ambos frentes de forma permanente. Es así como en Psicología, por ejemplo, algunos profesionales avanzan en interpretaciones conceptuales alrededor de temas relacionados con la conducta, al tiempo que otro grupo se concentra en adelantar terapias de grupo o familiares; igualmente, los antropólogos pueden actuar ayudando a develar crímenes desde la Antropología Forense o pueden dedicarse a interpretar las estructuras inconscientes que intentan explicar porqué comunidades diferentes actúan de modos similares.

La intervención de Ramos nos permite de manera específica, exponer nuestra hipótesis central: *en el campo del ejercicio docente, es necesario establecer una distinción entre el ejercicio propiamente básico de las disciplinas sociales y la actividad aplicada a que nos pueden llevar dichas disciplinas.*

El docente, a partir de su libertad de cátedra, tiene la posibilidad de desarrollar actividades sueltas, sin objetivos claros, que apuntan a simples actividades lúdicas no dirigidas,

con ausencia de rigurosidad y seriedad; pero el mismo docente tiene igualmente la posibilidad, y sobre todo, la obligación ética de exigir a sus alumnos, de saber hacia dónde está dirigido su trabajo; de contextualizar su acción en términos de la formación de los jóvenes que se encuentran en el aula. Mientras el primer ejercicio no pasa de ser un mero acto de distracción, el segundo trabajo implica compromiso, seguimiento del quehacer individual del estudiante, conocer mínimamente a los muchachos para mediar realmente en sus inquietudes, así aquellos piensen que las "humanidades son pura costura.

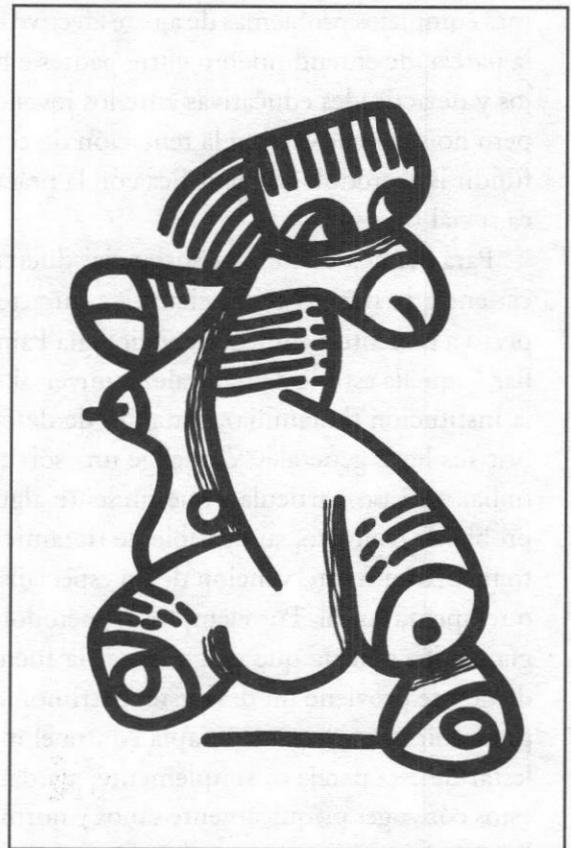
### ¿Por qué exigir rigurosidad en las asignaturas de Ciencias Sociales?

La exigencia se convierte en la filosofía de este texto como argumento crucial en la actividad de los docentes de las áreas sociales. Aquí es necesario partir del hecho de no confundir la fundamentación de los estudiantes que llegan a las carreras sociales, con la percepción de quienes ingresan a otras disciplinas, por lo tanto no puede ser análoga la manera de manejar los grupos en ambos espacios.

Un estudiante de disciplinas aplicadas o técnicas debe reconocer lo social de manera seria, como una acción flexible pero profunda y central en su futura posición profesional en una sociedad que empieza a conocer y a la cual muchos docentes de ciencias sociales dan un carisma más espiritual que real. La exigencia pasa por el reconocimiento del otro como un ser particular; atraviesa las necesidades sociales antes que las técnicas. Ninguna obra es funcional por bella o bien hecha que sea si no se reconoce en ella el vivir de los sujetos, su concepción de mundo, sus hábitos y costumbres; el reconocimiento de estos elementos no se

puede sujetar a la visión suelta del estudiante que ve lo social como intrascendente, cuando la acción profesional nos demuestra que ese desconocimiento ha afectado profundamente las relaciones de nuestra sociedad. En los últimos años laborales un buen número de profesionales como ingenieros, abogados, médicos y muchos otros, terminan reconociendo lo social como indispensable para haber ejercido su función de forma integral, pero casi siempre es demasiado tarde cuando se toma conciencia y se reconoce la importancia de conocer las realidades sociales.

El docente de las disciplinas de lo social debe exigir a sus estudiantes porque tiene un compromiso. Aquí el mero discurso de la erudi-



<sup>1</sup>Denominación con la cual el semiólogo Daniel Nieto, llama a los salones de las universidades y colegios.

ción está mandado a recoger. La exigencia no riñe con la flexibilidad, por el contrario son complementarias; la exigencia no se centra en tener mentes en una “*jaula de clase*”<sup>1</sup>, sino en el ejercicio serio de lo que es ser un profesional con compromiso social, compromiso que no surge de la nada, se logra con la exigencia que obliga al alumno a mirar el medio en que vive, a llevarlo a una lectura de las realidades ajenas, a una comprensión de nuestra situación contemporánea de una manera detallada. Lastimosamente lo serio para muchos estudiantes es solamente lo que tiene una “nota dura”, esta está institucionalizada profundamente en las disciplinas aplicadas, arrojando resultados claros al formar “buenos técnicos”, eso sí, sin concepción social de su profesión. La nota, paradigma escolar por excelencia de la sociedad moderna, de la sociedad de control, no es más que una herramienta, que potenciada en sus múltiples logros puede permitir a los científicos sociales llevar al estudiante a tomar un compromiso real con sus semejantes al igual que lo hace con sus problemas de física, cálculo o jurisprudencia. Pero igualmente la nota, si se la mira como instrumento represivo, debe ser reemplazada o conjugada con la consecución de productos académicos de calidad.

### **A manera de conclusión**

Habiendo aclarado los puntos que unen y desligan la comprensión de las humanidades como un todo (Arte-Ciencias Sociales) y teniendo en cuenta que las asignaturas de humanidades o ciencias sociales son entendidas como una unidad, aun cuando hemos visto que ello es confuso, ya que si bien las Ciencias Sociales trabajan con individuos, ellas se interesan por conocer sus estructuras de pensamiento antes que buscar mejorar las condiciones objetivas. Es entonces claro que nos encontramos frente a un panorama de múltiples concepciones y pensamientos frente al papel que los saberes del campo social deben

jugar en la difusión de sus conocimientos entre los futuros profesionales.

Entre los estudiantes están aquellos que cursan sus estudios en carreras del área sociohumanística, pero también encontramos aquellos que estudian profesiones para desempeñarse en campos de aplicación básica y técnica. La diversidad genera riqueza pero igualmente confusión. Cada espacio universitario, cada carrera o cada grupo de carreras, requiere acciones diferentes y actitudes diversas por parte de los docentes. Recordando a Mary Douglas (1996) “las instituciones no tienen mente propia, son construcciones en las cuales adaptamos nuestras ideas a una forma común” (p. 27), quienes a ellas pertenecen se visten con la filosofía institucional mientras estén en aquéllas. Tanto estudiantes como profesores llevan en sus mentes la institución o instituciones a las cuales pertenecen, para aprobarla o cuestionarla. Siempre que permanezcan en la misma, reconocerán unas acciones concretas, muchas de ellas reglamentadas, otras generadas por los hábitos que se construyen socialmente en cada espacio; en fin, son acciones determinantes en el modo de vida de cada lugar.

Así, cada institución es distinta a las demás y cada grupo de saberes frente a los interlocutores adquiere diversas dimensiones. En cada unidad que forma futuros profesionales se debe generar un espacio propicio para reconocer esas condiciones que hacen a cada institución particular. Igualmente, los docentes de las áreas humanísticas y aquellos formados en la investigación, deberán iniciar un diálogo profundo donde se establezcan objetivos funcionales para las asignaturas del área social en relación con lo que se espera en un futuro del joven.

La exigencia de las áreas humanísticas y sociales generalmente se ubica en el espacio de la flexibilidad amplia y se replica casi siempre el mismo funcionamiento de las propias escuelas donde se formaron los hoy docentes de

Ciencias Sociales; se trata de facultades a las que generalmente ingresan estudiantes que han tenido la posibilidad de experimentar y vivir intensamente otros espacios, otras carreras, otras expectativas familiares. Ello los hace relativamente maduros frente al conocimiento que van a develar y de allí generalmente se desprende una autodisciplina y un compromiso mediado, no por la nota, sino por el interés en la lectura y la discusión que permita conocer, degustar y cuestionar lo social.

Algunos de estos estudiantes con el tiempo llegan a asumir el ejercicio docente, se enfrentan, las más de las veces, a universitarios de áreas técnicas e instrumentales donde hay jóvenes recién egresados de colegio, habituados a una educación que privilegia lo cuantitativo sobre lo cualitativo, lo memorístico sobre lo creativo y ligados a la norma institucional dada por la calificación y los promedios. El humanista y el profesional del área social a partir del esquema que trae, intenta romper con las características institucionales reglamentadas, lo que usualmente lleva a que sean mirados con desconfianza por los colegas de otras áreas y termina por usar como fórmula de trabajo la exigencia mínima (laxitud en asistencia,

autoevaluaciones de los estudiantes, calificaciones altas), actitudes que riñen con el pensamiento institucional internalizado por estudiantes y docentes.

En la investigación se requiere la exigencia permanente, indistintamente si se trata de ciencias naturales o sociales. El esperar de los estudiantes resultados altos a través de la rigurosidad se convierte en una actividad que conscientemente busca el reconocimiento de las disciplinas sociales como áreas sólidamente constituidas que están en capacidad de aportar al conocimiento de la realidad social, especialmente de los profesionales de áreas técnicas quienes supuestamente "buscan mejorar la calidad de vida de los ciudadanos". El profesional de las Ciencias Sociales y el científico social están en la obligación de establecer criterios específicos dentro de cada institución en que trabajan. Aquellos criterios deben ser amplios y serios frente a sus interlocutores, los estudiantes: no hay nada más serio que el jugar, ya que en el juego como en el mundo social, siempre esperamos que las reglas sean claras, explícitas y transparentes para no sentirnos defraudados ni resentidos con el juego ni con la sociedad.

## Bibliografía

- BATESON, Gregory, *El temor de los ángeles*, Barcelona, Gedisa, 1989.
- BATESON, Gregory, BATESON Catherine, *Espíritu y naturaleza*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, [1979] 1993.
- BOHANNAN, Paul y GLAZER, Mark, *Antropología: lecturas*, Madrid, McGrawHill, 1993.
- BUNGUE, Mario, *La investigación social*, Barcelona, Editorial Ariel, [1983] 1989.
- DOUGLAS, Mary, *Cómo piensan las instituciones*, Madrid, Alianza Editorial, [1986] 1996.
- PASTOR RAMOS, Gerardo, *Sociología de la familia: enfoque institucional y grupal*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1988.
- PHILLIP KOTTAK, Conrad, *Antropología cultural: espejo para la humanidad*, España, McGraw Hill, 1997 [1974].
- POPPER, Karl, *La responsabilidad de vivir*, Barcelona, Paidós, 1995.

**bojas Universitarias.....**